

EL DISCURSO DEL CINISMO*

“...murmuradores, tan temidos de los que imprimen libros, aunque tengo por peor temerlos tanto, pues los cobardes mueren más presto en la batalla, y por el mismo caso aguzan ellos más sus navajas”.

(Bartolomé Cairasco. Prólogo a *Goffredo Famoso*)

A los ojos de muchos, incluso entre mis más próximos, puede que yo aparezca como defensor de causas perdidas; como alguien que apuesta a sabiendas de que no ha de ganar, pues cuanto definiendo, en ese margen de lo perdido (de los *perdedores*) suele situarse. Aseguro que no soy un ingenuo, ni pregono una pureza propia de ilusos. Estoy en el mundo, en este mundo que me ha tocado en suerte, y cuento con los inevitables bandazos de la historia y del tiempo, con eso que suele llamarse progreso. Más aún, no creo que “cualquiera tiempo pasado/fue mejor”. Sin embargo, sé que la rara época en que vivimos nos exige estar alerta. Digo rara en tanto que yo no me reconozco en ella; cuanto más quiero avenirme a su presunta modernidad, mayor necesidad siento de mantener una prudente, recelosa distancia con respecto a ella: me hace torcer el gesto. Y la razón de ese extraño síntoma es lo que desearía explicarme a mí mismo. Porque, al saberme comprometido con el ejercicio del pensamiento y de la escritura, mi instrumento de trabajo, y la materia sobre la cual debo ejercerlo, es ese objeto tan delicado, pero gracias al cual somos criaturas privilegiadas, formamos una comunidad capaz de dialogar. Hablo, claro está, de la palabra, esa voz con sentido, con intención. Hace ya mucho tiempo que opté por la escritura (y, en parejo segundo término, por la enseñanza de la literatura); esa elección fue una decisión que se ha ido matizando, y radicalizando tam-

bién, hasta acabar por poner toda mi fe y mis fuerzas (no sé si sólida, no sé si muchas) en la exploración de la poesía, respuesta precisamente a aquel sesgo extraño que he venido observando como malestar de la literatura, en el corto tiempo que abarca mi biografía: en estos escasos cincuenta años, articulaciones decisivas han afectado, de modo sustancial y al parecer irreversible, al viejísimo mester de la palabra.

Pienso el espacio de la poesía como el único (último) reducto de la verdad, si bien acosado, de modo permanente, por numerosos cantos de sirena. En él he plantado tienda, he hecho campamento; no tanto por asentar mis reales, movido -más bien- por una necesidad de convivencia en el nivel más humano, menos soberbio y por eso *inferior*, que tiende a lo profundo, a lo oscuro y misterioso de la existencia, fuera de las rutilantes luminarias que suelen acompañar a las manifestaciones del saber. Miradas algo complacientes, y condescendientes, parecen decirme, entonces, que me voy por las ramas, que vuelvo la espalda a lo incuestionable, que no tengo los pies en el suelo. Estas metáforas del habla son elocuentes: irse por las ramas, volver la espalda, no tener los pies en el suelo; o sea, intentar escapar, negar las evidencias, desprenderse del contacto orgánico con el principio... Bueno, eso es lo que parece. Porque hemos llegado a una tesitura histórica en donde el asunto que hay que debatir es el de la verdad; y la verdad no puede



limitarse a la simple confirmación de evidencias, hay que ir a buscarla al otro lado de los hábitos *rentables*; allá donde el desinterés cierto haga que se refunde un principio moral, donde la ética reine soberana. Lugar habitable sólo si se mantiene una reflexión crítica, una propuesta que sea apuesta: reflejo que no complace sino que inquieta, desazona, obliga a preguntar. Acción inicial, iniciática; pero sin finalidad previa, porque no se trata de ganar nada; acción como salto, más bien, y con idéntico riesgo; movida por el deseo, no por el interés. En una palabra, despojada, libre.

Hasta cierto punto, interesada e intencionada sí que es. Aunque, más que interesada, diré *interesante*: nos implica, nos mete dentro, y también (como la etimología nos enseña) determina una distancia o diferencia entre nosotros (sujeto) y el motivo de nuestra acción (objeto). Porque se propone levantar las máscaras, dejar en evidencia esos engaños tras los cuales se protegen quienes han ido haciendo cada vez más compacta u opaca esa forma fingida que toda creación exige, quienes la han convertido, no en instrumento para un juego de adivinaciones, sino en un afeitado con que desfigurar la verdad y utilizarla en su propio beneficio. Delicado límite en el que tiene que vivir la escritura literaria; difícil condición de su independencia: poder manifestarse y comprometerse, sin que la contaminen tales bastardas intenciones. Y ahí, así, sólo la poesía. Por eso ha dejado de *interesarme* la novela: el interés (que es provecho) sólo para quienes la hacen, aunque nos pidan que asistamos como comparsas a la conversión del género en otra cosa que ya no sabría si identificar con la verdadera literatura. Insisto: no hablo en nombre de *pureza* alguna. Es que no me parece casual que los novelistas se empeñen en apostar sobre seguro, sin darse cuenta de que traicionan su propio discurso, acudiendo a la coartada más vulgar, que es la coartada de la *actualidad*. Al perder (o abandonar conscientemente) toda exigencia, al enajenarse de la poesía, la novela ha dado en ese discurso monótono y vano, en el cual parecen solazarse incluso aquellos narradores que un día creímos dispuestos a lo contrario: ¿habrá que citar casos tan paradigmáticos como los de Vargas Llosa, Carlos Fuentes o García Márquez? Su creación literaria convertida ya en *producción* literaria.

Volvamos la vista hacia quienes se entregaron del todo, y con todas las consecuencias: observemos los rostros últimos de Rulfo y de Onetti y de Ribeyro, por ejemplo; atendamos, paralelamente, a lo que para ellos significó la literatura: una forma de consumación y consumición, sin paliativos. ¿Por qué el negocio de la novela ha puesto sus ojos, y sus garras, en los más jóvenes, a quienes no importa hacer dejación de su compromiso y se avienen a ser *productores* de una novela vendible entre un público de adictos consumidores, sin apuesta alguna, sin riesgo en la escritura? Porque, si se siguen leyendo novelas, es, como dice Francisco Ayala, porque a ellas se les pide “una especie de indagación profunda, a través de la experiencia de los otros”, en la propia existencia del lector. ¿Cómo no voy a estar con los *perdedores*? Es decir, con quienes entienden el ejercicio literario como entrega: una forma de darse y consumirse en su verdad existencial, sin importarles las consecuencias. Porque ellos *son* sus obras, y éstas su vida. Escritores

que nunca utilizan su trabajo literario para *estar* donde están. Tal compromiso sólo puede darse en la poesía (o en una ficción que no la niegue, ni la destierre), una escritura de voluntad marginal, y no por ello evasiva o alienante; porque necesita esa distancia y ese rigor crítico en la palabra, para manifestarse así como el verdadero compromiso moral del escritor. Con la poesía será imposible someterse a los dictados de la actualidad; introduce en ésta un elemento de disenso, realizado como *anacronismo*; es decir, como algo resistente al tiempo y a su condición perecedera, que se sitúa y crece fuera de tales límites, en una dimensión que se proyecta y prolonga -desquiciada- en la demasía.

Mi generación se forjó a la sombra del *compromiso*. Sabíamos que nuestra coyuntura histórica obligaba a no permanecer indiferentes. Lo de tomar partido, ya fue otra cosa; lo de la militancia era aun más inquietante: el término tenía connotaciones evidentes para quienes sólo habíamos conocido el régimen militar impuesto por los vencedores de una guerra civil. Creo, sin embargo, que tan celosos en este aspecto, fuimos demasiado laxos en lo que no debimos serlo. Quizá éramos demasiado jóvenes (y no sólo en edad), o demasiado crédulos; pero actuaba también -he pensado siempre- un cierto complejo de culpa excesivo, un temor intelectualmente congénito a ser tachados de *reaccionarios*. Porque era curioso: la presión constante del *compromiso* llevaba aparejada la fe en una simplificación maniquea; algo muy doctrinario y eclesial se imponía de forma excluyente a cualquier actitud ideológica (o cultural) que se manifestara como independiente: se sustituía así una posición autoritaria por otra idéntica, si bien de sentido inverso. Nada más. Ciertamente todo derivaba de lo que -primero- había sido una situación de emergencia (los países europeos que vivieron la ocupación) y de lo que -acabada la guerra- se convirtió en amenaza latente (la tensa, larga, pertinaz guerra fría). Digo, en Europa. Bien sabemos cómo esos criterios -una vez más, con mentalidad absolutamente *colonial*- se trasladaron a, y se difundieron en, lo que aún denominamos -con idéntico paternalismo- tercer mundo. Por eso, muy pronto pudimos ver que sólo éramos *peones de brega* de aquella escolástica impuesta desde determinados intereses políticos, sin que en ello actuara -como se nos decía- la imprescindible reflexión crítica sobre la situación y, de modo especial, sobre el asunto de la responsabilidad moral. Quienes como yo se resistían visceralmente a todo gregarismo del pensamiento, no podíamos comulgar fácilmente con tamañas ruedas de molino.

Cuando quisimos (o pudimos) reaccionar, fue demasiado tarde. La historia, mucho más rápida, se acercaba ya, precipitadamente, hasta el huracán histórico que sacudió la década -para nada prodigiosa- de 1960-1970, con su revuelta juvenil y su Viet-Nam, con el despertar del dragón en China y la revolución en Cuba; y -paralelamente- con el estupor y la escasa capacidad de reacción que había de mostrar la sociedad y el poder establecidos ante tan inédita forma de revolución: era nuestra misma fragilidad acomplejada. Aquel ventarrón se lo llevó todo por delante, hasta desembocar en una suerte de caos social y cultural en el que todo valía. Y tanto que *valía*. ¿Cuánto tardó la maquinaria consumista -apostando, desde luego, por la actuali-



dad y el atrevimiento, por lo progresista y comprometido con el tiempo- en devorar a aquella generación *rebelde*, aprovechándola para su exclusivo beneficio (aún hoy sigue siendo la mayor tajada del *becerro de oro* de nuestra sociedad finisecular) y facilitándole acomodo en el poder? Así se devaluaron aquellas esperanzas, se domó tanta *entusias-ta exaltación de la vida; todo quedó -apenas- en algunos* slogans de diseño. Ni la imaginación llegaría nunca al poder (hubiese sido algo contra natura), ni lo imposible tuvo nada que ver con la realidad de la que ahora todos gozan. Y si hacer el amor iba a distraernos de hacer la guerra, no creo que haya necesidad de extenderse en demasiadas explicaciones, ante las evidencias con que contamos unos treinta años después de aquel fervor.

“La tradición de estos jóvenes -escribió Octavio Paz, al calor de la rebelión- es más poética y religiosa que filosófica y política; como el romanticismo, con el que tiene más de una analogía, su rebelión no es tanto una disidencia intelectual, una heterodoxia, como una herejía pasional, vital, libertaria”. A mí no me cabe duda de que así fue. Las clases deprimidas no habían impulsado aquella revuelta; por primera vez en la historia, era el hastío de los cachorros de una acomodada burguesía intelectual; ellos, ante su mundo, sus ideas y el compromiso social que se les enseñaba, acabaron por gritar que no eran soluciones. Y bien que lo sabían: pasión, vida, libertad fueron siempre palabras proscritas en aquella maquinaria sindicada y funcionarial que se pensaba a salvo de toda crisis, porque profesaba una fe democrática. Pero lo que aquellos jóvenes no consiguieron adivi-

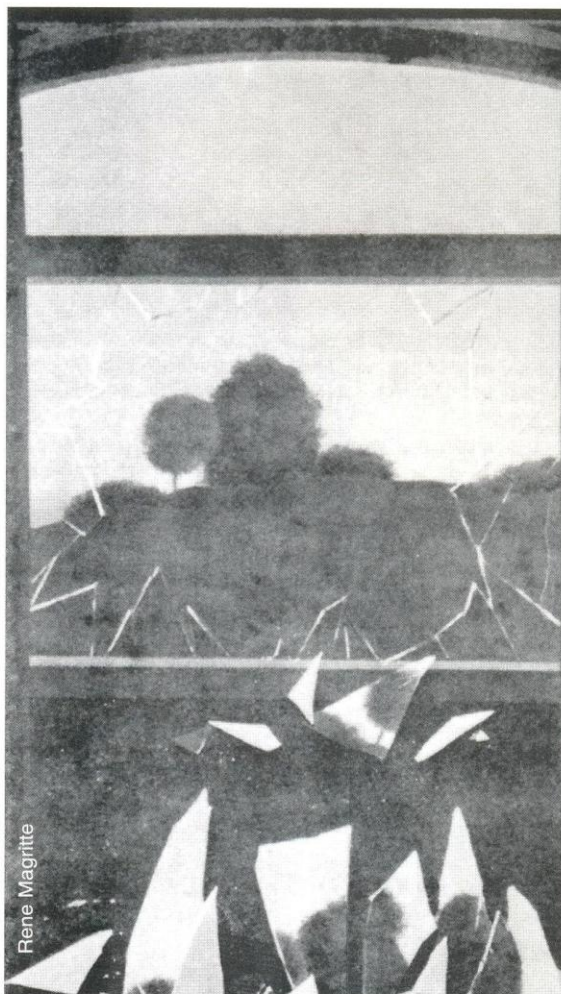
nar a tiempo, o quizá no les importó mucho saberlo, fue que la historia se adelantó a sus urgentes reclamaciones, que la sociedad de consumo crecía como un monstruo insaciable y que el impulso poético y religioso que los moviera a invertir violentamente todos aquellos sagrados valores, iba a ser muy pronto tragado, digerido y expulsado por ese engranaje superior que -arteramente- insistía en querer preservar aquel gesto sublime de toda adulteración... No estaban los tiempos para poesías: si no aumentaba la cuenta de resultados, cualquier apuesta social o cultural quedaría inmediatamente apartada de la circulación. Podía hacerse, y se hizo. Se ha venido haciendo hasta hoy mismo, y con mayor impunidad si cabe. Tampoco se pudo decir nada entonces, a riesgo de ser tildado de esquírol: al rigor de la

escolástica del compromiso había sucedido la prédica del deseo. Falsa, por cierto, desde el punto y hora en que *inventos* como el estructuralismo primero, y la postmodernidad después, hicieron saltar los últimos puentes que querían mantenernos unidos al principio romántico de la modernidad.

Hemos tratado, pues, de reaccionar; pero con más bien poco éxito. Tal vez sea llegado el momento en que se pueda dejar claro que quienes contrajimos de verdad un compromiso con la escritura como forma de libertad (en mi caso,

al menos, así es), y hemos eludido siempre el control de intereses espurios, debemos asumir ahora la responsabilidad de no dejarnos fascinar por los halagos de un poder implantado (y gozado) por aquella inmadura generación, que quizá por eso lo ejerce de modo tan estrecho y tan torpe. No hablo de responsabilidades políticas (aunque también); me interesa mucho más la responsabilidad *ética*, en el más serio sentido de la palabra: ética y estética, porque tiene que ver con el pensamiento y también con las formas en que éste debe manifestarse para devolvernos la confianza perdida. Si escribimos (y escribir es mi tarea primordial), el compromiso lo contraemos con el lenguaje. Y la pregunta será: ¿hasta qué punto seremos capaces de preservarlo de las trampas que la retórica del poder le tiende constantemente, en nombre -esto es lo grave- de un progresismo tan mendaz como aquel *compromiso* interesado del principio: no en vano lo manejan quienes se alimentaron a los pechos de aquellas formas de penetración sutil -y no tan sutil- de una ideología escolástica o

eclesial. “El escritor está manifestando su opinión continuamente, de un modo más o menos activo, más o menos directo, pero está mostrando su actitud frente al mundo, con lo que escribe y con lo que publica” (Francisco Ayala). Pero, además de eso, está haciendo uso del lenguaje, y con él debe poner en evidencia la mentira instalada en la rutina habitual de los significados. Lo que no quiere decir, sin embargo, que prescindamos del *engaño* sobre el que toda literatura se construye. La escritura no está para dejar todo más claro, todo definitivamente afirmado; al contrario, debe obligar a pensar, a partir del asombro que produce, abriendo así un debate permanente entre la imagen impuesta por la realidad y la otra, nacida del fervor creciente de la imaginación. La literatura debe mostrar la cara oculta, el otro



Rene Magritte



lado (espacio posible) de la primera. Cualquier escritura que no se plantee desde esa radicalidad es una forma de envilecimiento del individuo, por decirlo con Norberto Bobbio: “una sociedad es tanto más alta y civilizada cuanto más acrezca y fortalezca, y no envilezca y mortifique, el sentido de la responsabilidad individual”.

Si existe un verdadero compromiso en la literatura, éste debe consistir en superar el viejo, estrecho, hipócrita concepto de *engagement*, que tanta fortuna hizo en los años de ocupación bélica, dura posguerra y no menos grave guerra fría. Un concepto que, después de todo, era muy burgués, pues buscaba una cierta forma de perduración, de perpetuación de una ideología, para defender determinados intereses y no muy claros privilegios. Superar ese concepto y plantear, a partir de él, la recuperación del compromiso como creación, como apuesta de un creador cuya individualidad sea su dignidad, porque en ella reconoce siempre al otro; porque entiende la imaginación como libertad de una palabra zafada de la torpeza de los significados o negada a la simplificación de los slogans que vinieron a sustituir a las consignas; una palabra -en fin- empeñada en desplegar todos los sentidos posibles que, a partir de ella, se generen. No es una forma de poder, ni se muestra sumisa a ningún poder, es la expresión permanente de una rebeldía. Palabra como instrumento. Imagen como propuesta, nunca como sombra que ciega y no deja ver el bosque, que lo hace más frondoso y exuberante. Porque es el bosque lo que necesita ser visto; pide que penetremos en su incertidumbre y no nos conformemos con las certezas de este lado de luz, que no son nada. Vuelvo a Norberto Bobbio: “La tarea de los hombres de cultura es, hoy más que nunca, sembrar la duda, no recoger certezas. De certezas -revestidas con el falso mito o edificadas con la piedra dura del dogma- están llenas, desbordantes, las crónicas de la pseudocultura de los improvisadores, los diletantes, los propagandistas interesados. Cultura significa (...) no pronunciarse ni decidir nunca a guisa de oráculo del cual depende, de forma irrevocable, una elección perentoria y definitiva”.

En “una época donde han tenido lugar las dos guerras más crueles de la historia de la humanidad y donde se viven también las más crueles contradicciones entre las ideas y los hechos, las palabras y las intenciones” (Emilio Lledó), el compromiso debe estar -como siempre debió, pero ahora mucho más, porque más influyentes son los instrumentos que promueven esa contradicción, ese *cinismo*- en no contemporizar ni transigir; en ser capaces de realizar *actos* intelectuales (ello es, adoptar posiciones morales, determinados comportamientos) que se opongan a esa potente maquinaria, que parece imbatible y en cierto modo lo es, dado su volumen, su fuerza imparable, su apabullante aceptación, con las simples armas del pensamiento y, sobre todo, de la palabra, primera víctima siempre de tal manipulación. Se habla del horror de una violencia que es muerte y sangre y exterminio. Este siglo nos ha servido (y sirve cada día) ejemplos sin cuento de que muy poco hemos aprendido de la historia... De la violencia sobre el pensamiento se habla menos (si no es, también, en ese mismo sentido: persecución a la libertad de expresión, condena

de disidentes ideológicos); tal vez se supone alcanzado un nivel aceptable de libertad en el ámbito intelectual, y se presume, con orgullo suicida, de las generosas expectativas abiertas por la comunicación y sus sofisticados soportes electrónicos. Sin embargo, ¿qué se dice de una escritura en donde la palabra -tal vez por todo lo anterior- se hace cada vez más opaca, y sólo nos sirve su significado exacto y estrecho, y es burla (o desdén) cuando se apura en el esfuerzo por alongarse hasta sus múltiples, diversos sentidos posibles? Una palabra sometida de ese modo a su neutralidad es la forma más sutil de violencia sobre el lenguaje, ese puente tendido entre los individuos, para mucho más que facilitar su comunicación, para hacer posible su verdadero, profundo, pleno reconocimiento.

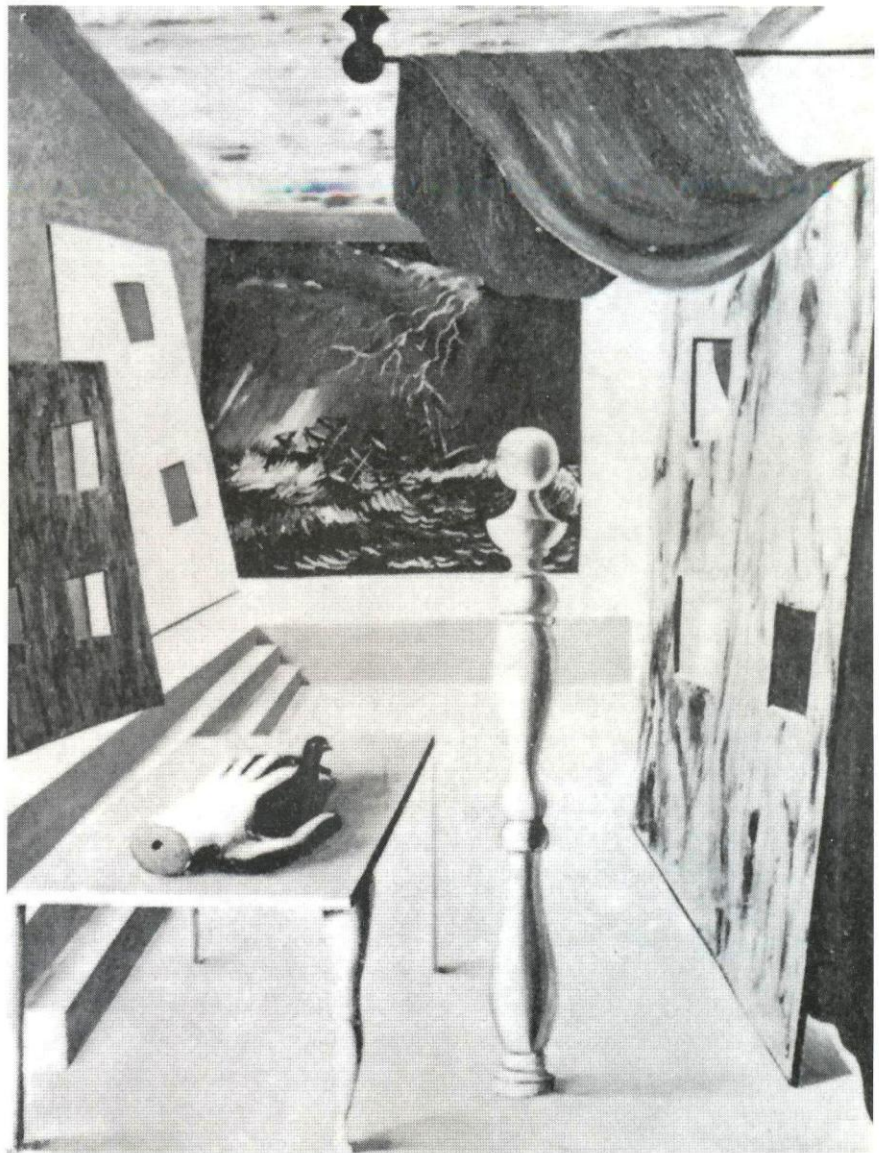
Por eso han de ser, también, actos creativos; es decir, que pongan constantemente en tela de juicio el valor de los significados, que se resistan a la simple adecuación de esa propuesta de lenguaje a determinados referentes. Actos que, como todos los que de verdad plantean una opción moral, han de ser gratuitos; digo, inútiles, para que resistan a tanto interés bastardo, por muy bien aderezado que se ofrezca. “En una cultura en la que el endurecimiento hace de la mentira una forma de vida, el proceso de la verdad depende de si se encuentran gentes que sean bastante agresivas y frescas (...) para decir la verdad” (P. Sloterdijk). Ahora bien, esa agresividad nada tiene que ver con la representada, en nuestro ámbito cultural, por esos *gestores*, tan hábiles como *tiburones* de las finanzas, convertidos -aun cuando pregonen su independencia- en meros funcionarios o productores, eficaces sin duda, a quienes el poder mima con descaro, en una suerte de matrimonio de conveniencia, parece que muy beneficioso para ambas partes. Así se reconoce al intelectual domado, del que habla Umberto Eco, dispuesto para “avisar cuando hay que apagar algún incendio”, sin más compromiso.

Apuesto, con Antonio Tabucchi, por un intelectual que deba afrontar las causas de ese incendio y diga cómo evitarlas; capaz de conjugar el conocimiento intelectual con la capacidad creadora, “en una mezcla bien fecunda”. Emilio Lledó habla de la emergente “*privacidad* de un poder que se escurre ya más allá de las intenciones de los poderosos”. No sé yo si “poder” es término conveniente aquí; no sé si “privacidad” puede prestarse a errores de interpretación... Habría que referirse, mejor, a una cierta renuncia o resistencia al poder que, aun desde la individualidad, se sepa movida por la razón mayor de no transigir. Puede que no se note demasiado, quizá no se le dé tanto espacio para manifestarse (y ahí sí cabría el término “privado”), pero en ningún momento es presuntuosidad. Todo lo contrario: lo que mueve toda aquella maquinaria, y es primordial para mantenerla en funcionamiento, sí es una suerte de extremo egoísmo que hace caso omiso al grupo del cual se nutre, haciéndole creer -con absoluta eficacia, y con todos los medios a su alcance- que se aplica a subvenir con afán todas sus necesidades culturales; paradójicamente, las que él mismo genera y le propone.

Si algún sentido puede tener hoy el compromiso del escritor (o del hombre de pensamiento) será la urgente reflexión, un *volverse* constante sobre la visión del mundo

que se impone con pertinaz reiteración, para dejar bien claras sus mentiras; *volverse*, de modo especial, sobre el sentido de la existencia en ese mundo, sobre el comportamiento que la misma debe llevar aparejado. Dilucidar, por ejemplo, la razón de ese empeño por invadir y colonizar el último reducto de exigencia para el lenguaje -la poesía-, promoviendo para ello una forma simplificadora, utilitaria, comunicativa. Un empeño por identificar el “talante crítico”, básico en todo discurso creativo, con “la historia y las realidades cotidianas” en exclusiva. Sin tener en cuenta, para nada, la imprescindible crítica del lenguaje, su verdadera purificación, se argumenta sobre la servidumbre a la actualidad, se cuantifica la práctica de esa “clase” (sic) de poesía que “cabe calificar de *didáctica*, no de moralista, en la medida en que se pretenden dejar claras ante el lector las actitudes existenciales, las posiciones del hablante ante lo real” (Miguel García Posada). ¿Es, acaso, *didáctica* una referencia menos estricta que *moral*? ¿Está la poesía para *dejar claras* las actitudes del hablante, o para generar el asombro ante los hallazgos de quien se resiste a aceptar los límites de lo real? Lenguaje libre e irreductible, debe ser el de la poesía; cuanto más se le pida interesar “en mayor grado al lector común”, menos eficazmente poético resultará, más trivial y entregado al uso consumista, lo que -como es fácil colegir- traiciona el principio de una palabra que quiera ser, de verdad, poética.

Dilucidar, igualmente, por qué se difunde, cada vez con más insistencia, la especie condenatoria de la vanguardia, diciendo que ya es tradición, y agotada en su propia retórica además. Sigue operando aquel viejo y pobre concepto de que una escritura libre y creativa elude la temporalidad y se pierde en el limbo de una estética evasiva. La semilla de la vanguardia, en la que revive el espíritu fundacional del romanticismo, arraiga y germina, precisamente, en el carácter inconcluso de la historia, en la idea de tiempo como proceso y evolución permanentes: “al no interesarse necesariamente en lo real y en la praxis -explica Emilio Lledó de la filosofía, pero podemos hacerlo extensivo a la literatura-, mantiene sus propuestas especulativas, por encima del desgaste inevitable y necesario de la realidad”. Una forma de vencer al tiempo, de no someterse a su estrecha dimensión en el ámbito de lo real, y de proponer una prolongación en la necesaria demasía de lo posible, que mueve siempre la existencia de todo hombre libre. Explicar, en fin, y sancionar, el atasco de nuestra crítica, tan torpe y menu-



Rene Magritte

da, tan profesoral y reductora, tan simplista, que no consigue desenmascarar los discursos que nos *cuentan* la realidad, que nada parece saber de las distancias con respecto al lenguaje de los *medios*, de modo que éste no se confunda con el de la literatura, y viceversa; puesto que, de la superposición laxa e inconsciente de ambos, se deriva la rápida reducción e incluso aniquilación de la libertad de pensar que por el cauce de la palabra debe circular sin trabas, sin dependencias vergonzantes, sin esa condición deleznable, efímera, impuesta por la actualidad. Una actitud tal vez utópica, no me cabe duda, dadas las circunstancias; pero no queda otro remedio que defenderla con firmeza, si se quiere que la crítica de la cultura no actúe tan sólo como comparsa en la trama única que lo pone todo al servicio de la maquinaria del consumo para la cual, incluso la cultura, se reduce a ser un bien perfectamente cuantificable, negociable, productivo.

* Capítulo inicial del libro del mismo título, en proceso de elaboración.